

SIEMPRE SE VUELVE A MANDERLEY

El edificio Centro de Alas y Casariego: una Arquitectura con medida

PUBLICADO EN

Alas y Casariego. Arquitectos 1955-1995. MOPTMA. Madrid, 1995

SIEMPRE SE VUELVE A MANDERLEY

El edificio Centro de Alas y Casariego: una Arquitectura con medida

Así suena una voz en off al comienzo de la ya mítica y espléndida película de Alfred Hitchcock Rebeca. El protagonista vuelve en esa primera escena a la soberbia mansión con la seguridad de quien está cumpliendo algo ineludible: volver. "Siempre se vuelve a Manderley".

Hoy he vuelto al edificio Centro de Alas y Casariego. Y he vuelto a recorrer detenidamente su escalera octogonal, llena de luz, como solía, hace años, a comienzos de los 70. El edificio se había terminado hacía poco y estaba muy cerca y de mi recién estrenado estudio. En sus bajos, todavía ajardinados, había una cafetería que frecuentábamos y que respondía al sonoro nombre de Agarsimón. Y en el interior, unas plantas más arriba, una casa de copias, Covacho, que ya nunca dejaríamos de frecuentar, aunque cambiara varias veces de sitio. Todavía hoy permanece por allí cerca. Y siempre, con ocasión de las copias o del café, yo recorría aquella escalera que ejercía sobre mí una especial fascinación. Fascinación que se extendía a todo el edificio y que hoy, en esta extraña revisión, ha vuelto a producirse.

Aquella arquitectura, italianizante sin nosotros saberlo (hoy la relacionaríamos con algunas obras como la del Corso de Europa en Milán, de Magistretti), tenía un gran atractivo. Hablaba de libertad en la forma (el octógono con el que estaban trazados el patio y la escalera), de novedad en los materiales (el hormigón visto como plementería), de expresividad en la estructura (las vigas metálicas acarteladas de la planta baja). Había allí un algo de novedad y de frescura, y de sencillez, que nos atraía enormemente. Y aquellos escalones sueltos, como miesianos. Y la fuerza de aquella marquesina que, en un edificio que se llamaba Centro y era de planta simétrica, marcaba una entrada que... no se hacía por el centro.

Cayó en mis manos por entonces el número de la revista Arquitectura en el que se publicaba. El reconocimiento de la obra aumentó esa relación de admiración por aquel edificio. Aparecía allí también la fábrica de cafés Monki, a la que extendí inmediatamente mi positiva opinión. Aquella otra estupenda pieza miesiana de Alas y Casariego fue luego inexplicablemente demolida.

La vuelta al edificio Centro y su análisis, ya más riguroso, me lleva a la consideración de cómo las arquitecturas que conceptualmente son capaces de resistir al tiempo son aquellas nacidas de los principios más sólidos. Y son capaces de permanecer para la Historia. De durar.

En su relación con la ciudad, la ciudad nueva, el edificio Centro aparece como un volumen total, rotundo, que tiene una presencia activa.

Para su encuentro con el suelo los arquitectos crean un podio que recoge el desnivel que viene de la fachada posterior. La planta baja se libera con unos precisos y eficaces mecanismos. La fachada (paradójico muro cortina) se descarga con una expresiva

estructura metálica. El cerramiento se retranquea evitando así futuros desastres. El jardín, por la parte posterior, se introduce hasta donde es posible. Y la entrada se establece fuera del eje de simetría con el que está compuesto el edificio.

Para las fachadas se elige el camino del orden. Sobre una trama cuadrículada general, se va abriendo o cerrando según conviene. Más abierta a norte. Más protegida, por unos discretos voladizos, a sur. Con opciones diversas a este y a oeste. Y siempre esquinas cristalinas, como para aligerar el conjunto. Los paramentos opacos se ejecutan en hormigón visto, a modo de plementería. Todavía hoy, pasados casi treinta años, estas fachadas se mantienen impecables.

En el interior sigue sorprendiendo la fuerza de la forma octogonal elegida para el patio que atraviesa y preside el edificio. Y sorprende tanto por su gran luminosidad como por la especial continuidad con que se dota a la relación entre las plantas contiguas. Funcionalmente es de gran claridad, con núcleos de comunicaciones y servicios a ambos lados de ese patio dejando liberado todo el espacio en relación con las fachadas.

Podemos así concluir que la resistencia al tiempo de este edificio, tanto en lo material como en lo conceptual, habla bien de la arquitectura y de la posición ante ésta de sus autores. La lógica como instrumento básico y el orden, el rigor y la contención como ingredientes siempre presentes, producen una arquitectura que si tuviera que ser adjetivada yo calificaría de ajustada y mesurada. Mesura que, en definitiva, es aquella dispositivo que exigían los clásicos a toda Arquitectura que mereciera la pena. Y ésta lo merece. Una Arquitectura con medida.